

PAS DE CHAT

Ana Marante González

Decadente como la gravedad de las margaritas, pisa la sangre del anís. Está vestida con un chándal amarillo que huele a lejía y galletas María. No es un amarillo bonito. No es el sol. Su chándal es un plátano podrido, un espagueti frío, una mancha de aceite marca blanca. Sandra, paciente número 540 de la Residencia de ancianos de Cuesta de Sal es ahora una mucosidad gigante que se prolonga hasta unas sandalias duras y feas, talla 40.

Cómo ha podido acabar así. Ella, que era capaz de ejecutar un *pas de chat* en los teatros más famosos de la capital, es ahora un gato reducido a sus vísceras. Pequeñita, chiquitita, minusculita y enanita. Todo lo que era y ya no es. Lo que bailó y bailaba. Todo eso ya se fue. Está muy lejos de la miniatura que es ahora. Culpaba a la residencia, pero ahora que se ha escapado y sus arrugas le inmovilizan los huesos, se culpa a sí misma de su quietud. Se escapó para bailar, pero no está bailando. Se va a la playa, se baña en el mar, escupe pompas de salitre y se enreda entre las algas. Pero no baila.

Luego, se sienta en los campos de margaritas, girasoles y azucenas cercanos a la costa. Y se dice a sí misma, con la misma sensación que le deja el alprazolam del hospital, que esto es la libertad. La decepción le pica muy fuerte en el esternón mientras pisa el anís. Esa adrenalina de sentirse como cuando de chica se comía a escondidas el chocolate que la abuela guardaba en la despensa ha sido pasajera. Ahora se siente mal. Se acabó el chocolate y sigue teniendo hambre.

Esto. Es. La. Libertad. Lo repite con las pausas que le recuerdan su creciente incapacidad. Piensa rápido. Habla lento. Por eso la encarcelaron en Cuesta de Sal. Su lengua es inútil. Se la muerde. Sin fuerza. Es solo un toque de atención. La condena a un nanosegundo de silencio, pero después la perdona. Su lengua no es el problema porque el verdadero enemigo son sus pies. Son sus dedos amontonados quienes no la dejan hacer un *pas de chat*. Ella se escapó porque se cansó de que todo fuera peligroso, perjudicial, nocivo, de que todo fuera un constante *Sandrita estate quieta que ya tienes unos años y no se puede bailar en la residencia y lo sentimos, pero es lo mejor para ti*.

Sandrita. Ella. Sandrita ella que había llenado escenarios cuando los trabajadores de ese hospital no sabían ni caminar. Diminutivos a ella que nunca había sido de esas. Teme que ahora sí lo sea. Sus noventa años le han arrancado la piel espina a espina hasta convertirla en el vaho de las ventanas frías: es una gotita de agua que se desliza por un coche que marcha a 100 kilómetros por hora. Silenciosa, pero rápida, se vierte en el diminutivo.

Sandra nunca había sido rebelde. En la academia de ballet, la maestra Pepita le enseñó a despreciar la anarquía. Cuando rompió la ventana de su habitación de madrugada, sobornó al conserje don Tomás con su anillo de casada y robó cuatro barras de pan de la cafetería, no perseguía un impulso fructífero de rebeldía. Únicamente estaba siendo víctima de la melodía de *El lago de los cisnes* que su subconsciente había depositado con toda la delicadeza y mimo posibles.

La culpa melódica subiendo poquito a poquito por sus venas, hormiguita a hormiguita, levantándola del colchón blanco, poniéndole las zapatillas, agarrándola de la mano y guiándola hacia el vals. Y un dos tres y un dos tres y un dos tres. La culpa melódica es un jugo de melocotón que no te deja intacta la obediencia, te rompe

77

NEXC¹⁹
creación literaria

REVISTA INTERCULTURAL DE ARTE
Y HUMANIDADES DE LA SECCIÓN
DE ESTUDIANTES Y JÓVENES
INVESTIGADORES Y CREADORES
DEL IEHC

Nº 19, año 2023

pp. (77-79)

ISSN: 2341-0027Z

<https://doi.org/10.56029/NX1977>

NEXC¹⁹

Nº 19, año 2023 | ISSN: 2341-0027Z

las cadenitas que te construyó la maestra Pepita y te convierte en la bandolera de Antena Tres. Y un dos tres y un dos tres y un dos tres.

Pero ahora qué. Volver a la residencia o mudarse a ese campo lleno de flores. Buscar ayuda. ¿Coger un tren? Llamar a su familia. No llamar a nadie. Escondarse detrás de una azucena. Comerse una manzana. Huir. Quedarse. ¿Llorar? ¿Gritar? ¿Morir? Todas las opciones del universo se le dibujan en la frente. Todo. Todo y a la vez nada. Si la libertad no es bailar, entonces qué es.

Se mira los pies y se enfurece. Qué feas son esas sandalias. ¿Comprarse unas zapatillas de ballet? No, eso no. Eso no nunca más. Sus dedos ya no caben en ellas. Nunca más cabrán. Se le arremolina esa imposibilidad en las pupilas y gira y gira y gira. Su vista cansada es ahora un torbellino de confusión. La nebulosa de la infinitud. Que ella no comprende los nunca, que no comprende los siempre, que el Alzheimer le está construyendo castillos en las nubes de sus sienes. Y gira y gira y gira.

Esto. Es. La. Libertad. La libertad como quietud, silencio y sed. Qué sabor más amargo es la ausencia de movimiento. Sequías en sus arterias. Sequías en sus estrías. Sequías en su artritis. Sequías en las mariposas muertas en el estómago seco en el cuerpo seco. Ansía la humedad del *pas de chat*. El chorro torrencial del salto a través de sus pliegues musculares. La onda expansiva. Quiere volver a derretirse mientras vuela.

Es necesario tomar una decisión. Mira las millones de posibilidades a la cara, con la furia de todas las noches de estreno. Su mirada confusa borbotea ahora una fiebre melosa. Agarra la infinitud con las manos, sin tembleque y le grita con aspereza que ahí está ella. La golpea, la machaca, la estira, la pliega, la pinta de color añil. Sandra 1, la infinitud 0.

Se acuerda del viejo guanche. Prefiero morir siendo libre que vivir siendo un esclavo. Se saca el teléfono del chándal amarillo, el plátano frío, el espagueti podrido. Marca el número de emergencias y despacito, con toda la claridad de su querida lengua, pide una ambulancia para la playa de Cuesta de Sal. *Hay una señora muerta en la orilla. Creo que se llamaba Sandra. Era bailarina. Vengan rápido a recoger su cuerpo.*

No vaya a ser que los peces le coman el alma.

Se quita la ropa, se arranca las sandalias y se sumerge dentro del mar. El agua se le introduce por la boca, la nariz y los oídos. Está llena. Completamente mojada. Una vez solucionada la sequía, ya puede bailar. Su último *pas de chat* tiene que ser el mejor. Por esto la recordarán.

Flexiona las rodillas, toca con los dedos la arena y planea la caída. Nota el palpito de su desnudez acartonada y los escalofríos de sus huesos chiclentos. Mientras se agacha, se le rompen uno a uno los ligamentos, por fin es expansiva, ligera y elástica. Sabe que una vez en el suelo no se volverá a levantar. Es la actuación infinita. Ahora ella es eterna.

Así que eso era la libertad.



Biografía:

Empecé a escribir en el verano de 2010 porque los domingos no subían mis primas a jugar a casa de mi abuela. Necesitaba entretenerme porque siempre me ha agobiado el vacío de las tardes aburridas. Así comencé a crear historias sobre sirenas, piratas, duendes y hadas con rotuladores de colores en hojas arrugadas que encontraba desperdigadas por el cuarto de costura. Se me aceleraba el corazón con cada nuevo personaje y sentía las historias borboteando en mi estómago, con muchas ganas de salir disparadas hacia el exterior. Cómo no iba a engancharme a esa sensación.

Años más tarde, me apunté a La Escuela Literaria de La Laguna, donde viví algunos de los momentos más bonitos de mi adolescencia. Las clases allí fueron, junto con los libros que he leído, mi principal formación para

la escritura. Por ello, en ese lugar, donde escuché en las voces de mis compañeros algunos de los mejores textos que recuerdo, empecé a tener claro que quería dedicarme a las letras. Así, hoy en día, estudio el cuarto curso del Grado en Español: Lengua y Literatura en la Universidad de La Laguna.

Además, he tenido la suerte de recibir el segundo premio de Narrativa Breve Lorenzo Silva en 2017, la mención especial del Premio Internacional de Poesía y Narrativa Miguel Fernández en 2019, el segundo premio del III Concurso Literario La Laguna orgullosa en el año 2022 y el primer premio del XVIII Concurso Universitario de Relato Breve de la Universidad de La Laguna.

Escribo casi todas las semanas. A veces lo sigo haciendo con rotuladores de colores y en hojas arrugadas. También estoy obsesionada con el color azul, la canela, el tiempo, el mar, la libertad, el chocolate y el ballet. *Pas de chat* es todo eso.

